

## DR. FÉLIX FIGUEREDO

El día 6 del mes actual, víctima de una prolongada enfermedad falleció en esta ciudad el Doctor D. Félix J. Figueredo, «cubano distinguidísimo», como la ha llamado «La Lucha» con razón, y que ejerció grande y legítima influencia en la década revolucionaria.

Nacido y educado en la región oriental, que conocía palmo a palmo, se trasladó a la Península donde cursó Medicina hasta obtener el grado de Doctor. De regreso a su país natal, ejerció su profesión en Jiguaní, donde lo sorprendió el grito de Yara. Se adhirió al movimiento revolucionario con entera fe, sirviéndole con tanto tesón como lealtad, y a él se mantuvo fiel hasta el día en que se hizo imposible la resistencia. El primero que con la sagacidad que le caracterizaba para sorprender las cualidades de los hombres, supo adivinar y utilizar los dotes geniales que poseía y luego desarrolló el general Máximo Gómez, fue el Doctor Figueredo. Él fue, con sus patrióticos oficios, el que puso término a la dictadura de Donato del Mármol, dando unidad y forma republicana al gobierno insurrecto de Oriente; él fue el guía y el consejero del General Calixto García; cuando desempeñó la Secretaría de la Guerra, tuvieron lugar las acciones más famosas que se libraron en nuestros campos, aquellas que por excelencia merecen el título de batallas, con acierto y habilidad ejerció funciones de gobernador en El Cobre, en los primeros tiempos del levantamiento; después que García Iníguez cayó en poder de sus enemigos, el Dr. Figueredo fue el consejero del General Antonio Maceo, a cuyo lado estuvo hasta el Pacto de San Luis, en el cual intervino decisivamente, y que en vano luchó por que superase, en ventajas sociales, al Pacto del Zanjón.

Cuando el gobierno quedó definitivamente constituido en Guáimaro, el Dr. Figueredo renunció todo cargo militar y se contentó con el empleo de Jefe de Sanidad del Estado de Oriente, sin que por ello aminorase el ejercicio de su influencia política. Mientras era un deber y una necesidad la guerra sin cuartel, el Dr. Figueredo no vaciló un punto; cuando se evidenció que el Pacto del Zanjón era la expresión de

una necesidad inaludible y fatal, el Dr. Figueredo supo deponer, con absoluta sinceridad, las pasiones que había abrigado cuando las circunstancias lo justificaban. Puede decirse que en él se compensaban poderosamente todos los afectos; y que si en la guerra fue el adversario inexorable, en la paz fue el amigo decidido, leal a toda prueba y consecuente hasta la abnegación. En la entrevista que celebraron los generales Martínez Campos y Maceo en la sabana de San Juan, el Dr. Figueredo pidió, como condición *sine qua non* para que las fuerzas orientales aceptasen las capitulaciones ajustadas en el Camagüey, que se concediese la total e inmediata abolición de la esclavitud, como concesión que en cierto modo compensara la renuncia obligada del ideal de la independencia. Era el Dr. Figueredo abolicionista tan convencido y ardoroso, que hubiera sido capaz de encender una rebelión con el único objeto de lograr la redención del esclavo, y siempre manifestó que nunca estuvo tan identificado con la Revolución como el día en que ésta proclamó la libertad de todos los habitantes de la isla de Cuba.

El Dr. Figueredo no hizo nunca profesión de escritor, y éste no obstante, deja páginas preciosas para la historia de la Revolución. Su correspondencia, una parte de la cual se publicó en la Revista Cubana, como así mismo «La Protesta de Baraguá», que insertó también el Coronel Campos en su libro Españoles e Insurrectos, son los documentos a que aludimos, y en ellos se unen el interés y la amenidad de la narración con la sencillez y claridad del lenguaje.

Repose en paz el patricio batallador, que llega a su esposa y a sus hijos, como a sus conciudadanos, la página de historia viva que escribió su civismo en la vida de la Revolución.

----- (Artículo tomado de la publicación «Habana Literaria», revista quincenal ilustrada. Director, Alfredo Zayas. Año II, núm. 12. Junio 30 de 1892. Pag. 268.)